

# Mariátegui ante la cultura española

**E**n 1990 realicé una primera aproximación al argumento de este artículo, a través de la relación que se estableció entre Miguel de Unamuno y José Carlos Mariátegui, concretada en la atracción del peruano por el Rector de Salamanca, y por la intervención de este último en la páginas de *Amauta*<sup>1</sup>. El recorrido por aquellas cuestiones se centraba en dos puntos principales de los que partiré ahora: por un lado, en *Amauta*, órgano radical e indigenista. Miguel de Unamuno había expuesto nada menos que su teoría de la Hispanidad, y este espacio de exposición necesitaba ser resaltado por las implicaciones que la relación tuvo. Mariátegui había abierto sus páginas al rector salmantino, exiliado en Hendaya por lo que uno y otro consideraban dictadura pretoriana borbónica de Primo de Rivera. El carácter sorprendente de la intervención de Unamuno daba pie a una segunda idea que tenía que ver con nuestros propios métodos de trabajo —me refiero a los que nos dedicamos a estudiar la literatura hispanoamericana o la literatura española— y era que curiosamente, desde la bibliografía amplísima sobre Unamuno, no se hubiera planteado nunca el valor extremo de esa relación aparentemente contradictoria; y, por lo que conocía, desde la bibliografía de Mariátegui se había analizado tan sólo la indudable atracción, agónica atracción por citar el término clave de Unamuno que tanto gustó a Mariátegui hasta incorporarlo a su léxico y definición personal, pero, por ejemplo, no se había abordado ningún enfoque contextual de qué significaba esa presencia tan contradictoria del «abanderado de la hispanidad», en páginas de una revista que contenía textos de César Falcón, Alberto Hidalgo o Dora Mayer, que desde luego contradecían el concepto ecuménico de la hispanidad unamuniana.

Desde la perspectiva que tracé sobre aquella relación, quisiera avanzar ahora, situando a Mariátegui ante la cultura española, tarea bastante poco

<sup>1</sup> Cf. «Unamuno y Amauta: textos y contextos de una relación», *Proyección histórica de España en sus tres culturas: Castilla y León, América y el Mediterráneo, Junia de Castilla y León*, 1993, vol. II, págs. 555-560.

clara si tenemos en cuenta las intensas e inmensas distancias que hacían decir a José Carlos Mariátegui en el año 1928 que «lo que más vale de España —Miguel de Unamuno— está fuera de España». En relación a España, a la comprensión de la dinámica de la cultura y la sociedad de aquellos años, no parece muy profético Mariátegui quien, al morir en 1930, no sospechó ni tan siquiera que este país estuviera viviendo una eclosión de cultura y vida colectiva que desembocó en un proceso democrático y luego en la tragedia del 36, cuando el compañero y amigo de Mariátegui, César Vallejo tenía que pedir a España algo tan solemne como que apartara de él ese cáliz.

No fue extraña, sin embargo, la primera inmersión cultural española de Mariátegui, sobre la que hay varios datos que quiero destacar. A comienzos del año 1916, exactamente el 12 de enero, el estreno de *Las Tapadas*, obra teatral en verso realizada junto a Julio de Paz, formó parte de una inmersión del joven periodista en el ambiente por una parte del teatro clásico español y, por otra, de la temática colonial. Esa inmersión teatral se desarrolló en el mismo año de la escritura junto a Abraham Valdelomar del drama en verso *La mariscala*, basada en una novela homónima de Valdelomar escrita a partir de materiales que le habían sido entregados por José de la Riva Agüero. La figura de Francisca Zubiaga, la esposa del mariscal peruano Agustín Gamarra, es cantada, en las escenas que se han conservado de la obra, con los ritmos del teatro histórico español, que es la filiación última, a través sobre todo de Eduardo Marquina, del fenómeno de escritura teatral de Mariátegui, afincado en ese tiempo en la proximidad a un mundo teatral limeño que tuvo en las compañías españolas su principal alimento. La relación con Eduardo Marquina, presente en Lima en aquel tiempo, quien participó en un homenaje en el que Valdelomar, Mariátegui y Alberto Hidalgo dedicaron un soneto a tres voces a la bailarina y actriz española Tórtola Valencia, o sus artículos sobre las representaciones de *En Flandes se ha puesto el sol*, *Doña María, la Brava* y *El gran capitán* de Marquina, o de *Locura de amor*, de Manuel Tamayo y Baus, o sobre *Mariana*, de José Echegaray, o sobre *La leona de Castilla* de Francisco Villaespesa, o sobre *Malvaloca* de los Álvarez Quintero, *La propia estimación* y *El collar de estrellas* de Jacinto Benavente, o sobre las actuaciones de la compañía de María Guerrero y de Fernando Díaz de Mendoza, quienes representaron en Lima estas obras a lo largo de diciembre de 1916, son parte de la actividad hispanizante y de la pasión por el teatro histórico y de costumbres españolas de quien era todavía Juan Croniqueur<sup>2</sup>.

En 1916 —a los 22 años— vivió una retirada del mundo durante tres días en el Convento e los Descalzos de Lima. Guillermo Rouillón<sup>3</sup> destacó el sentido religioso de esa experiencia, que aquí nos interesa en cuanto

<sup>2</sup> Cf. Eugenio Chang-Rodríguez, Política e ideología en José Carlos Mariátegui, Madrid, Porrúa-Turanzas, 1983, págs. 74 y ss.

<sup>3</sup> Guillermo Rouillón, La creación heroica de José Carlos Mariátegui, I: La edad de piedra, Lima, Ed. Arica, 1975, pág. 152. Citado por Chang-Rodríguez.

aporta un dato de lectura del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz. El soneto «El elogio de la celda ascética» concluye diciendo:

Cristo crucificado llora ingratos desvíos.  
Mira la calavera con sus ojos vacíos  
que fingen en la noche una inquietante luz.  
Y en el rumor del campo y de las oraciones  
habla a la melancólica paz de corazones  
la soledad sonora de San Juan de la Cruz<sup>4</sup>.

La actitud religiosa le había hecho escribir, además, en 1914, una crónica devocional hacia el pasado titulada «Del momento: la procesión tradicional»:

Es la procesión de los Milagros uno de los últimos rezagos del pasado tradicional. La más típica también de las manifestaciones de ese risueño, fastuoso y alegre criollismo que se extingue, que se pierde con hondo desconsuelo para los pocos, los insignificantes que, como nosotros, aman la tradición fervientemente<sup>5</sup>.

El Mariátegui que a sí mismo se calificó posteriormente «en su edad de piedra» mantuvo esta actitud hacia retazos culturales españoles hasta los 22 años, actitud que está en consonancia con aquella reflexión que Ventura García Calderón hizo en 1936 con el título *¿Cómo era un adolescente peruano al comenzar el siglo XX?*<sup>6</sup>, donde decía:

Su alma y los libros que lee en secreto, sus primeros fervores intelectuales divergen escandalosamente. Nadie ha llevado más contradicciones adentro. Describirlo es compadecerlo. Además de largas tiradas de Calderón de la Barca que le enseñan en casa, aprende en el colegio discursos floridos de Donoso Cortés, tal o cual párrafo altisonante de Castelar. Todo lo que sabe del corazón humano está en Gustavo Adolfo Bécquer (cuando los niños de Francia han sido destetados con la sabiduría marrullera de La Fontaine). Le expurgan el *Quijote* que pudo tal vez enseñarle cordura. Su aguja de marear son las *Rimas* y la leyenda asombrosa del mismo autor en que la cervatilla herida de encantamientos se pone a hablar plañideramente...

La estampa de García Calderón se despliega a continuación en los descubrimientos de la cultura europea, de los simbolistas franceses sobre todo; luego es cuando, frente al *Criterio* de Balmes, o los «admirables inventarios mentales de Menéndez y Pelayo» el adolescente peruano descubre al Nietzsche de *Así habló Zaratustra*.

Y ese es el camino, con otras lecturas en medio, que Mariátegui recorre a partir de 1916. De la mano de Valdelomar inicialmente, y del grupo «Colónida» en el que se integra en una breve actividad que fue, según Mariátegui, «un grito iconoclasta» y un «orgasmo esnobista»: el D'Annunzio aportado desde Europa por Valdelomar se une a toda una percepción decadentista en la que afloran elementos de vanguardia. Y es inevitable aquí la valoración de un autor español cuya extensión americana estaba en alza:

La «greguería» empieza con Valdelomar en nuestra literatura. Me consta que los primeros libros de Gómez de la Serna que arribaron a Lima, gustaron sobremanera

<sup>4</sup> Publicado en *El tiempo*, Lima, 28 de agosto de 1916, pág. 3.

<sup>5</sup> «Del momento: La procesión tradicional», *La prensa (Lima)*, 20 de octubre de 1914.

<sup>6</sup> Ventura García Calderón, *Nosotros*, Obra escogida, Prólogo, selección y notas de Luis Alberto Sánchez, Lima, Edic. Edubanco, 1986, págs. 519-520.

a Valdelomar. El gusto atomístico de la «greguería» era, además, innato en él, aficionado a la pesquisa original y a la búsqueda microcósmica. Pero, en cambio, Valdelomar no sospechaba aún en Gómez de la Serna al descubridor del Alba. Su retina de criollo impresionista era experta en gozar voluptuosamente, desde la ribera dorada, los colores ambiguos del crepúsculo<sup>7</sup>.

Es curiosa la referencia a Gómez de la Serna, puesto que quizás es una de las pocas indicaciones literarias españolas contemporáneas que veremos. Demuestra un aprecio que no es habitual en Mariátegui, quien muy pronto termina su dedicación literaria y funda *Nuestra época*. El año 1918, junto a una revista que tuvo en tantas cosas como modelo la revista *España* de Luis Araquistáin, Mariátegui deja la creación literaria para dedicarse a la actividad política y a la crónica cultural.

El viaje a Italia en 1920 lo distancia ya de la cultura española, e Italia se convierte en fuente de inspiración política a través de Antonio Gramsci y cultural con múltiples nombres entre los que destaca Benedetto Croce. La actitud ante la cultura española parece haber sufrido ya una profunda variación, manifestada en un desinterés que tiene su manifestación en una carta desde Roma en 1920 a Ricardo Martínez de la Torre:

te mandaré algunos libros, pero en francés. España y su literatura y su pensamiento y sus panderetas y sus majas y sus toreros, están mucho más lejos que del Perú de esta Italia bella por excelencia y por derecho divino. Aquí leo diariamente los periódicos de París, y no encuentro nunca una revista española<sup>8</sup>

El regreso en 1923 plantea una nueva actividad que tendrá su centro en la creación de *Amauta* en 1926, junto a su intensa actividad política, y una determinación cultural cuyos objetivos centrales vienen señalados ahora básicamente por su polémica intensa y continua contra el pasadismo de José de la Riva Agüero.

## La serenata ante los balcones del virreinato

El motivo, sobre el que insiste Mariátegui en *Proceso de la literatura peruana*<sup>9</sup>, es seguramente la metáfora interpretativa central de ese proceso de la literatura peruana que surgirá como superación de toda la literatura colonial que debe ser considerada, nos dice, literatura española, y su prolongación, en la tendencia al pasadismo sustentada por José de la Riva Agüero, puede ser valorada como una «serenata ante los balcones del virreinato».

En *Proceso de la literatura peruana* asistimos a un despliegue considerable de información y juicios sobre el presente y lo inmediato que responde a este esquema, para cuyo sustento no existe necesariamente el pasado que queda reducido a unos pocos datos y comentarios. Fundamentar el presen-

<sup>7</sup> José Carlos Mariátegui, Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pág. 189.

<sup>8</sup> Antonio Melis (ed.), Correspondencia de José Carlos Mariátegui, Lima, Biblioteca Amauta, 1984.

<sup>9</sup> En Siete ensayos..., págs. 149 y ss.